

## 13. Hacer la paz

Efesios 6:10-20 – Segunda parte

**E**n enero de 2020, Rob Macaire, embajador británico en Irán, asistió en Teherán a una vigilia por los pasajeros del vuelo 752 de Ukrainian Airlines que murieron cuando las fuerzas iraníes derribaron el avión. Cuando el acto se convirtió en una protesta antigubernamental, Macaire se marchó, recorriendo las calles de la capital iraní en dirección a la embajada británica. En el camino, se produjo un incidente internacional, que el ministro británico de Asuntos Exteriores, Dominic Raab, describió como una “flagrante violación del derecho internacional”. ¿Qué ocurrió? El embajador Macaire fue detenido y acusado de organizar la protesta antigubernamental. Sin embargo, la enérgica denuncia del ministro de Asuntos Exteriores hizo que Macaire fuera puesto en libertad tras permanecer solo una hora detenido.<sup>60</sup>

Detener a un embajador es un gran problema. Saltan chispas. Suenan los teléfonos de las líneas directas de alarma. La tensión aumenta. Las voces se alzan. ¿Por qué? Cuando se detiene a un embajador, no solo se encarcela a una persona, sino que se deshonra a toda una nación y a su autoridad gubernamental, con el consiguiente riesgo de convertirse en objeto de represalias y de originar una guerra.

Cuando Pablo, el embajador de Jesús encarcelado durante tanto tiempo, pide las oraciones de los creyentes de Éfeso, imagina un futuro encuentro con el emperador romano (Efe. 6:18-20). Nerón estará sentado en su trono, vestido con esplendor regio, símbolos de poder absoluto que emanaban de él. En la ostentación de la sala de juicio de Nerón entrará el solitario apóstol

con su andrajoso atuendo carcelario y su pesada cadena. El emperador, flanqueado por guardias con vestimenta militar y asistido por serviles ayudantes administrativos, tratará de despachar rápidamente a este problemático y excéntrico hombre santo.

Pablo describe la escena con un contraste dramático entre lo aparente –la autoridad y el poder de Nerón– y lo real, la autoridad y el poder de Cristo. Entrará en la sala del trono imperial como embajador autorizado del Señor de todas las cosas y de todos los tiempos. Dejando a un lado su apariencia y su cadena, Pablo tendrá todo el derecho a hablar con valentía, anunciando la voluntad del Jefe de Nerón, el Jesús ascendido y exaltado. Este será el último llamado al rey vasallo Nerón, una comisión de la gracia del Señor Jesucristo, revelando el plan divino para el universo expresado en el evangelio. El teléfono de la línea directa del Cielo está a punto de sonar.

Como suele ocurrir, los esfuerzos diplomáticos están ligados al campo de batalla. Pablo no es solo un “embajador en cadenas” (vers. 20), sino también un general encarcelado y comandante del ejército cristiano en Éfeso. Mientras Pablo espera para transmitir el mensaje del Cielo a Nerón, comparte sus órdenes de marcha para los creyentes con un discurso en vísperas de la batalla –Efesios 6:10 al 20–, que puede sintetizarse en cuatro órdenes sencillas.

## **Seguir al Líder**

La primera orden es esta: seguir al Líder. “Por lo demás, hermanos míos, fortalézcanse en el Señor y en el poder de su fuerza. Vístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan estar firmes contra las artimañas del diablo” (vers. 10, 11). Como un general, Pablo transmite las órdenes del verdadero Comandante en Jefe, que nos llama a la batalla a la vez que promete estar con nosotros en la lucha. Debemos ser fuertes “en el Señor y

en el poder de su fuerza” (vers. 10).

Cuando Pablo elabora su exhortación a luchar la batalla, tiene muchos ejemplos del Antiguo Testamento en los que inspirarse, incluido Deuteronomio 20:1 al 4: “Cuando salgas en guerra contra tus enemigos, y veas caballos y carros, un ejército más numeroso que el tuyo, no les tengas temor, porque el Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, está contigo” (vers. 1).<sup>61</sup> Pablo hace eco de esas palabras: “Por lo demás, hermanos míos, fortalézcanse en el Señor y en el poder de su fuerza” (Efe. 6:10). En resumen, sigue al Líder.

Nuestro divino Comandante nos bendice no solo con su presencia, sino también con su panoplia, su armadura completa. Durante mucho tiempo, creí que la frase “toda la armadura de Dios” significaba solo “la armadura completa que Dios nos provee”. Luego descubrí que Pablo está reflexionando sobre el capítulo 59 de Isaías, donde Dios expresa su indignación por la injusticia y la brutalidad de su propio pueblo: “Sus pies corren al mal, se apresuran a derramar sangre inocente” (vers. 7). Dios está “asombrado al ver que nadie intervenía” (vers. 16, NTV), así que él mismo entra en el escenario de la historia como Guerrero y Juez universal: “Se vistió de justicia como de coraza, y colocó sobre su cabeza el yelmo de la salvación; se vistió de ropa de venganza, y se cubrió de celo como de manto” (vers. 17).

¿Te suena familiar ese armamento? Dios no nos proporciona una armadura de segunda clase. Él nos provee de sus propias armas. La orden “vístanse de toda la armadura de Dios” (Efe. 6:11) nos indica que nos coloquemos la armadura del propio Dios. ¿Crees que el armamento de Dios podría fallar? La calidad de nuestro equipamiento anuncia el resultado inevitable: la victoria para Cristo y su iglesia. Nuestro divino Comandante

nos bendice con su presencia y con su arsenal. Al aceptar y celebrar ambas bendiciones, *seguimos al Líder*.

## Conocer al enemigo

La segunda orden que da el apóstol Pablo consiste en conocer al enemigo:

Vístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan estar firmes contra las artimañas del diablo; porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires (vers. 11, 12).

En la batalla, nunca conviene subestimar a las fuerzas enemigas. Pablo nos invita a realizar una evaluación realista. Aunque nos enfrentamos a fuerzas enemigas en el plano humano, nuestra verdadera batalla es contra “malos espíritus de los aires”. Al conceder títulos de poder a los enemigos espirituales de la iglesia, Pablo muestra una especie de respeto por ellos. También hay un reconocimiento cauteloso en su descripción del diablo como un enemigo astuto y taimado. Necesitamos la armadura de Dios para contrarrestar “las artimañas del diablo” (vers. 11).

Sin embargo, Pablo también muestra un sutil desprecio por Satanás, “el maligno”: “Sobre todo, tomen el escudo de la fe, con que puedan apagar todos los dardos encendidos del maligno” (vers. 16). Pablo retrata al “maligno” como un arquero, un lanzador de proyectiles, siempre visto con desprecio en la antigua literatura de batalla. En la *Iliada*, de Homero, Diomedes se burla del arquero Paris: “Arquero, calumniador, orgulloso de tus hermosos cabellos. [...] Si me pusieras a prueba en un combate hostil con armas y armaduras de verdad, ni tu arco ni tus gruesas flechas te servirían de nada. [...] No me preocupa más que si me hubiera golpeado una mujer o un niño tonto”.<sup>1</sup>

Cuando Pablo retrata a Satanás como un arquero que lanza proyectiles

incendiarios, lo pinta como un cobarde. “El maligno” teme el combate cuerpo a cuerpo. Tiembla al enfrentarse al ejército evangelizador de Cristo, bien equipado con las armas del propio Dios. Obediente a su glorioso Comandante en Jefe, la fuerza unida de los creyentes debe ser temida, y el maligno lo hace. Demostrando su cobardía, lanza misiles desde lejos.

Pablo nos presenta un retrato equilibrado: no debemos subestimar al enemigo como si nos enfrentáramos a simples seres de carne y hueso. Por el contrario, nos enfrentamos a principados, potestades, gobernadores de este mundo de tinieblas y malos espíritus de los aires... y todos ellos son dirigidos por un líder astuto y calculador, el “maligno”, el “diablo”. Sin embargo, el diablo también es un cobarde que teme la confrontación con Cristo y con su iglesia. Confiando en el Comandante en Jefe, se puede esperar la victoria contra este enemigo astuto y cobarde.

## **Unirse al ejército**

Pablo da una tercera orden: unirse al ejército. El pasaje que estamos estudiando se ha tomado normalmente como una descripción de la batalla individual del cristiano contra el mal. Sin embargo, en Efesios 3:10, Pablo presenta a la iglesia en su conjunto enfrentada a los poderes malignos. Allí argumenta que, por medio de la iglesia, “la multiforme sabiduría de Dios” es dada a conocer ahora “a los principados y potestades de los cielos”. La iglesia, dice Pablo, es un ejército bien equipado y unido que lucha en la larga batalla del conflicto cósmico.

Al igual que los soldados deben apoyarse y animarse mutuamente para luchar con valentía, los creyentes están llamados a la convivencia y la colaboración cristianas, una lección que queda ilustrada por un caso práctico de la carta de Pablo a los filipenses. La historia ha llegado hasta él en la cárcel: dos importantes dirigentes de la iglesia de Filipos se han

peleado entre sí, mostrando la fuerza destructiva de la “rivalidad” y la “vanagloria” (Fil. 2:3). Evodia y Síntique fueron alguna vez miembros unidos del equipo misionero de Pablo, que “trabajaron mucho a [su] lado para dar a conocer a otros la Buena Noticia” (Fil. 4:3, NTV). Eran soldados del ejército de Cristo que combatían “firmes en un mismo espíritu, [...] unánimes por la fe del evangelio”, sin dejarse intimidar por los adversarios (Fil. 1:27, 28). Ahora, sin embargo, Evodia y Síntique están luchando entre sí... cuando deberían haber estado luchando una al lado de la otra. Han cometido un error estratégico clásico: confundir a un aliado con un enemigo. Al hacerlo, están destruyendo la unidad de la milicia de Cristo, la iglesia.

Efesios 6:10 al 20 no describe a un guerrero solitario que se enfrenta al mal. Por el contrario, presenta la visión de un ejército unificado que lucha vigorosa y unánimemente en la batalla. Hay un “arma secreta” en este pasaje: la camaradería cristiana, la comunidad y el espíritu de equipo.

## **El regreso de Cristo marca toda la diferencia**

Pablo da una última orden: lucha hasta el final. El antiguo campo de batalla era un lugar espantoso y horrible. A medida que las dos tropas enemigas se acercan, el nivel de los decibeles aumenta. Al colisionar, los gritos, los cantos de guerra y el zarandeo del equipamiento en movimiento se transforman en lo que Jenofonte calificó como un “sonido particular”, un “choque espantoso”, “una terrible cacofonía de bronce, madera y carne destrozados”.<sup>63</sup> Tras la colisión, enormes nubes de polvo envuelven el campo de batalla. Un breve pasaje de un antiguo relato de batalla romano lo ilustra de la siguiente manera:

Los bátavos [tropas romanas de Batavia] empezaron a acercarse al enemigo; los golpearon con las puntas de sus escudos, los

apuñalaron en la cara y empujaron su línea cuesta arriba. [...] Por todas partes había armas, cadáveres, extremidades destrozadas y tierra empapada de sangre.<sup>64</sup>

Pablo no adopta una metáfora insulsa. Visualiza a la iglesia como un ejército que se prepara y entra en combate, concentrando toda su energía en ese momento en que las dos fuerzas opuestas chocan y luchan cuerpo a cuerpo en un combate mortal. El verbo “estar firmes”, “resistir”, utilizado repetidamente en el pasaje que estamos analizando (Efe. 6:11, 13 [x2], 14), se refiere a la acción necesaria en el terrible momento del impacto. Pablo no ordena una postura defensiva ni una mera acción de contención. Como general, transmite las órdenes del Comandante de efectuar un ataque total, entusiasta y hasta el final contra el mal.

Sin embargo, debemos considerar detenidamente algo sobre la vigorosa imagen de Pablo de la iglesia militante. El apóstol cuida mucho el significado de la metáfora. No pretende que los soldados cristianos tomemos las armas o seamos combativos en nuestras relaciones dentro o fuera de la familia de Dios. Lo ha dejado bien claro: “Líbrense de toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, y de toda malicia. Sean benignos, compasivos unos con otros, perdonándose unos a otros, como también Dios los perdonó en Cristo” (Efe. 4:31, 32). Dentro del pasaje de nuestro estudio, en una frase muy precisa, Pablo protege hábilmente el significado de la metáfora: “Y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz” (Efe. 6:15, NVI; énfasis añadido). La función de la iglesia, como alguien lo ha señalado, es “hacer la paz”.

En la batalla de la iglesia, las armas no son M16 ni lanzacohetes. Más bien, las armas divinas de la iglesia son la verdad, la justicia, la disposición a proclamar un evangelio lleno de paz, la fe, la seguridad de la salvación y la Palabra de Dios inspirada por el Espíritu. Las estrategias de batalla de la

iglesia incluyen, en el contexto inmediato de Efesios 6:10-20, el estado de alerta espiritual en la oración, llena del Espíritu, en todo momento y por toda causa; esto implica, especialmente, la oración por nuestros hermanos en la fe (“todos los santos”) y por poder para dar un testimonio valiente de la verdad del evangelio.

Analizando el contexto más amplio de la carta, podemos ver las estrategias de la iglesia:

- “Humildad, mansedumbre” (Efe. 4:2).
- “Paciencia, soportándose unos a otros en amor” (vers. 2).
- Celo por la unidad (vers. 3-6).
- Valorar a los que el Cristo resucitado ha dado a su iglesia: apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros (vers. 11-13).
- El perdón (vers. 32).
- Cantar salmos, himnos y cánticos espirituales (Efe. 5:19).
- Sumisión de unos a otros (vers. 21).

Estas serían armas extrañas y estrategias raras para cualquier ejército convencional, pero son perfectas para el ejército pacificador de Cristo. Pablo lo expresa mejor, quizá, en 2 Corintios 10:4 y 5:

Porque las armas de nuestra milicia no son mundanas, sino poderosas en Dios para destruir fortalezas, para derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y cautivar todo pensamiento en obediencia a Cristo.

## **La historia del diácono Jon**

Jon Pace es gerente de finanzas de FedEx y diácono de la Iglesia de Cristo de Germantown en Memphis, Tennessee. Como parte de sus obligaciones como diácono, gestiona la red informática de su iglesia. Dado su amor por las matemáticas, Jon instaló un programa que funciona en segundo plano en las computadoras de la iglesia, un programa que busca automáticamente números primos aún desconocidos.

Ese pequeño programa funcionó durante catorce años hasta que, el 26 de diciembre de 2017, dio en el clavo. “Hay decenas de miles de computadoras que participan de la búsqueda”, comenta el diácono Pace. “Las probabilidades de que una de mis computadoras descubra un número primo son astronómicas”. A comienzos de 2017, el diácono Pace fue declarado descubridor oficial de un raro tipo de número primo, un número primo de Mersenne, el quincuagésimo y más grande jamás encontrado, 23,249,425 dígitos, un millón de dígitos más que el anterior poseedor del récord. Se necesitan setenta hojas de papel de tamaño tabloide para imprimir el número... ¡con un tamaño de letra de dos puntos!

Al leer la noticia, me llamó la atención la declaración final del diácono Pace: “Hay dos cifras mucho más pequeñas de las que estoy aún más orgulloso: los 20 años que he servido como diácono en Germantown y los 166 litros de sangre... que he donado en mi vida”. No 166 gotitas, ¡sino 166 litros!<sup>65</sup>

La resonante conclusión de Pablo para los Efesios, su grito de guerra, nos plantea esta pregunta inquisitiva: ¿Cuánta sangre has derramado? Como combatientes en el Gran Conflicto, ¿cuánto hemos dejado en esta lucha? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a entrar en el frente de batalla y a darlo todo en la lucha? ¿Cuán dispuestos estamos a hacer la paz en el nombre del Rey Jesús?